

9. Imitar a Dios: brota en nosotros el deseo de ser como Él

por Julián Carrón*

La experiencia del perdón, la experiencia de la misericordia que cambia los rasgos de nuestra vida nos lleva a desear hacer el bien. «Como cuando mis pobres padres, después de un error, me perdonaban en vez de regañarme o castigarme: te entran ganas de hacer el bien –no solo al niño, también a nosotros, que somos niños grandes–. Es necesario que se manifieste el perdón que llevamos ya en nosotros. Y se manifiesta desde dentro de nosotros, desde ese fondo en el que nacemos de Él, en el que nacemos como libertad; es necesario que se manifieste en mi amor por ti. Así será el último día, cuando una evidencia insondable nos persuadirá a todos: el dolor inmenso se convertirá en amor eterno»¹.

Es posible vivir así, como lo expresa un preso amigo nuestro: «Amigos míos, al volver a la cárcel esta mañana no tenéis idea de la ayuda que habéis supuesto para mí. Cada vez que vuelvo a la cárcel me registran, un registro que tiene poco que ver con el ser humano, con la dignidad, porque tengo que desnudarme. Lo que me ha permitido afrontar esta prueba ha sido vuestro rostro, el bien que sois para mí, y me he dicho: “Si es verdad lo que has compartido con tu grupo de amigos, entonces también esta prueba, o mejor esta circunstancia, es para ti. No debe existir circunstancia que pueda robarme lo más importante que llevo dentro de mí, es decir, la mirada llena de alegría”. En ese instante habéis sido mi salvación, y he podido abrazar esa realidad que me producía tristeza, no solo por mí, sino sobre todo por los agentes que me habían registrado. Pero he entendido que no es culpa suya, porque, ¿qué culpa tiene alguien que no ha tenido un encuentro, que no ha tenido alguien que le quiera gratuitamente y por consiguiente le enseñe a amar? ¿Cómo se puede vivir sin alguien que te lo enseñe? ¿Qué culpa tiene uno que no tiene un testigo al que seguir, que le enseñe a comprender qué es el hombre y sobre todo, que le enseñe por qué vale la pena vivir? He mirado a los agentes con una gran ternura, no porque me hiciese gracia desnudarme o ser tratado así, esto no. Les he mirado con ternura porque si uno siempre ha sido tratado así en la vida, inevitablemente trata igual a los que se cruzan en su camino. Su dignidad ha sido la primera en ser pisoteada, y por eso actúan así con las personas que tienen ante sí».

Esto es justamente lo que sucede, como observa Giussani: «Mediante el asombro que produce su misericordia, Él hace brotar en nosotros el deseo de ser como Él». El Papa nos ha invitado a vivir un año de la Misericordia para que crezca en nosotros el deseo de ser como Cristo. «¡Incluso en los que antes no se interesaban por la Iglesia ni por la moral [continúa don Giussani] brota el deseo de ser como Él! Se empieza a perdonar realmente a los enemigos, a los que obran mal, y se comprende entonces a Jacob, que ante los adversarios que le han destruido todo, puede decir: “Dios me lo dio, Dios me lo quitó: bendito sea el nombre del Señor”. Cuando nos levantamos por la mañana y sentimos el perdón que renueva nuestra vida, también a nosotros nos dan ganas de decir: “¡Señor, ayúdame a ser como Tú!”. De hecho Jesús les recomendó esto a sus discí- »

* Del cuadernillo de los Ejercicios espirituales de la Fraternidad de Comunión y Liberación 2016.

© 2016 Fraternalità di Comunione e Liberazione para los textos de J. Carrón «Con amor eterno te amé, tuve piedad de tu nada».

» pulos: “Sed misericordiosos como vuestro Padre es misericordioso” [es el lema que el Papa ha elegido para este Año Santo de la Misericordia: “Misericordiosos como el Padre”]. Y esto es en última instancia un contrasentido, pero solo hasta cierto punto, porque es el deseo lo que define el ánimo del hombre nuevo. No somos verdaderamente humanos si no deseamos ser misericordiosos como el Padre que está en los cielos. La cuestión es si deseamos esto realmente». No si no me equivoco, sino si lo deseo. «Entonces, el milagro de la misericordia es el deseo de cambiar. Y esto implica aceptarse, porque en caso contrario no habría deseo de cambio sino pretensión y presunción, y no se traduciría en petición a Otro, no sería confiarse a Otro. El deseo de cambio define el presente, el instante en que vive el pecador. El milagro es aceptarse y confiarse a Otro que está presente para ser cambiados por Él, estando delante de Él, mendigándole»².

Por eso, concluye Giussani, «en la petición se resume toda la expresión del hombre [...]. Entonces ya no se tiene miedo de nada, ni siquiera de uno mismo. Y nos sentimos como niños a los que el Padre se inclina para abrazar: el hombre se vuelve verdaderamente como un niño en los brazos de su padre. Y entonces uno, en su pobreza, lleno de asombro por la perfección misteriosa de Dios Padre, Hijo y Espíritu, pide ser como Él. Y no es una osadía temeraria; es una súplica real, sencilla, como la de un niño que fuese plenamente consciente»³.

Un hombre que ha vivido una experiencia como la que encarna y describe don Giussani, ¿cómo concibe su presencia en el mundo, su tarea en la historia?

En 1993, en medio de la crisis política y social provocada por el fenómeno de Tangentópolis, que provocó en Italia la sensación de que todo iba a derrumbarse, le preguntaron a Giussani durante una conversación: «¿Cuál es la tarea de los cristianos hoy? ¿Reconstruir el mundo en nombre de Cristo?». Y él respondió: «La tarea es comunicar, hacer partícipe a toda la naturaleza humana que nos rodea de la misericordia con la que Cristo nos trata»⁴.

Es sorprendente la coincidencia total con la actitud del papa Francisco. «La misericordia es la viga maestra que sostiene la vida de la Iglesia. Todo en su acción pastoral debería estar revestido por la ternura con la que se dirige a los creyentes; nada en su anuncio y en su testimonio hacia el mundo puede carecer de misericordia». Y sigue: «La credibilidad de la Iglesia», es decir, la posibilidad de justificarse ante el mundo y ante nosotros mismos, «pasa a través del camino del amor misericordioso y compasivo. La Iglesia “vive un deseo inagotable de brindar misericordia”. Tal vez por mucho tiempo nos hemos olvidado de indicar y de andar por la vía de la misericordia. Por una parte, la tentación de pretender siempre y solamente la justicia ha hecho olvidar que ella es el primer paso, necesario e indispensable; la Iglesia no obstante necesita ir más lejos para alcanzar una meta más alta y más significativa. Por otra parte, es triste constatar cómo la experiencia del perdón en nuestra cultura se desvanece cada vez más. Incluso la palabra misma en algunos momentos parece evaporarse. Sin el testimonio del perdón, sin embargo, queda solo una vida infecunda y estéril, como si se viviese en un desierto desolado. Ha llegado de nuevo para la Iglesia el tiempo de encargarse del anuncio alegre del perdón. Es el tiempo de retornar a lo esencial para hacernos cargo de las debilidades y dificultades de nuestros hermanos. El perdón es una fuerza que resucita a una vida nueva e infunde el valor para mirar al futuro con esperanza»⁵. Como vemos, la Bula de convocación del Año Santo es una mina de indicaciones para la realización de nuestra tarea en el mundo según la naturaleza del cristianismo.

¹ *Guardare Cristo*, Esercizi Spirituali della Fraternità di Comunione e Liberazione. Appunti dalle meditazioni [di Luigi Giussani], sup. de *Litterae Communionis*, n. 4, 1990, p. 28.

² L. Giussani – S. Alberto – J. Prades, *Crear huellas en la historia del mundo*, Encuentro, Madrid 1999, pp. 172-173.

³ *Ibidem*, p. 173.

⁴ L. Giussani, *El yo, el poder, las obras*, Encuentro, Madrid 2001, p. 210.

⁵ Francisco, *Misericordiae Vultus*. Bula de convocación del Jubileo Extraordinario de la Misericordia, 11 abril 2015, 10.